



DIES IRAE

merecedor de un máximo respeto y ha sido objeto de la mayor admiración por parte de los más modernos cineastas actuales. Godard le rindió homenaje en «Vivre sa vie», al hacer que el personaje interpretado por Anna Karina estallara en lágrimas ante la proyección de «Juana de Arco», protagonizada inolvidablemente por Falconetti. «Gertrud», su último film —1966— dividió a la crítica internacional. Obra de madurez, de un hombre que, después de haber sido fiel a sí mismo durante medio siglo hace la cuenta de su vida pasada a través de un personaje central femenino, la película sería, en un terreno de

mayor sinceridad aún a costa de la renuncia a una brillantez en muchos aspectos sobrepasada, un poco el equivalente de lo que Bergman —para muchos el más directo continuador de Dreyer, aunque habría que plantearse si este título, de corresponder a alguien no revendría más justificadamente a Bresson— pretendió hacer en sus «Fresas salvajes». Es éste un buen momento para que el estreno de «Días irae» (1943) se adelante y el público español pueda rendir homenaje a su autor a través de la que, repito, me parece su mejor película, junto a las «Páginas del libro de Sántan» (1921). ■ C. S. F.

EL AUSENTE STANISLAWSKI

«Los bajos fondos»: sin hipocresía

UNO de los esfuerzos más interesantes del teatro español a lo largo de muchos meses ha sido, sin duda, el estreno de «Los bajos fondos», de Máximo Gorki.

«Los bajos fondos» fue estrenada por Stanislavski cuando el Teatro de Arte era ya una institución prestigiosa y llevaba seis años de metódico trabajo. Chejov había impuesto al Teatro de Arte un estilo, hasta el punto de generar en Stanislavski toda una concepción del teatro y la interpretación que, en realidad, es un «método» para entender adecuadamente al gran autor de «La Gaviota». «Los bajos fondos» era una manifestación más de ese espíritu chejoviano, habida cuenta que no sólo eran chejovianos Stanislavski y Danchenko, los directores del Teatro de Arte, sino, y en grado superlativo, el propio Gorki, autor de muchas líneas admirativas dedicadas a Chejov.

La obra entrañaría, en el plano estético, la expresión de una serie de ideas sobre lo que debe ser una representación teatral. Los famosos

«sí» mágicos, la idea de que toda interpretación escénica va precedida de la creación de un subtexto, la visión de la representación como una confluencia de la memoria —lo que no ocurre en el escenario, lo que está más allá, o antes, de las salidas a escena— y la acción del personaje, el concepto del contacto —del actor consigo mismo, a través del personaje; con el objeto, y, a través de él, con el espectador, y con el trasfondo ausente del espectáculo—, son principios que se aplican a «Los bajos fondos» y que se desarrollan y perfeccionan a través de la obra de Gorki.

Frente a estos y los ulteriores intentos, encaminados a despertar la participación del subconsciente del actor, a hacer de su trabajo una creación viva e interior, es evidente que la escena española ha propuesto incansablemente la imagen del actor-declamador. O el actor-declador, si queremos quitarle énfasis al concepto. O el actor exteriormente impecable.

Las razones últimas de esta ausen-

cia de vida interior en las interpretaciones quizá no esté en los textos. Porque, como digo, también quienes escriben han de sufrir el peso de los condicionamientos sociales. La clave pienso yo que debe de estar en la sistemática negación que la burguesía española ha hecho del concepto de «crisis». La idea de «crisis» determina la existencia de un teatro de hombres agobiados y, a menudo, agónicos. De ahí la necesidad de una escuela de interpretación capaz de encarnar tales personajes en crisis, y, por lo tanto, de prestar atención a los fenómenos del mundo anímico. Toda una serie de dramaturgos europeos han escrito para testimoniar sobre el desgarramiento del hombre occidental, sobre los crepúsculos de clases y grupos, planteando así la necesidad de un nuevo tipo de actor.

En España, la Restauración fue, por definición, la negación de la



LOS BAJOS FONDOS

«crisis». Pusimos purpurina retórica sobre nuestros males y decidimos oficialmente que la Generación del 98 ni era patriótica ni equilibrada. El teatro se tuvo que quedar —el teatro, en tanto que hecho escénico, levantado ante un público— «más acá» de nuestros niveles de realidad, eludiendo sistemáticamente el examen de nuestras crisis, nuestras agonías y nuestras esperanzas. El teatro fue la expresión escénica de nuestra hipocresía. Lo que entrañó no sólo la existencia de una serie de autores «artesanos», hábiles en sacar a la sociedad en sus posturas más fotogénicas —incluso retocando los rasgos menos afortunados—, sino, lógicamente, la «demanda» de un actor igualmente hipócrita y exterior, a quien no se le exigía en absoluto la integración interior y total a su trabajo. En última instancia, el espectador estaba dispuesto a «oír» lo que fuese, pero no a «verlo», entendiendo este principio como un modo de defenderse contra las posibles agresiones y revelaciones del hecho escénico.

Ahora, en el María Guerrero, José

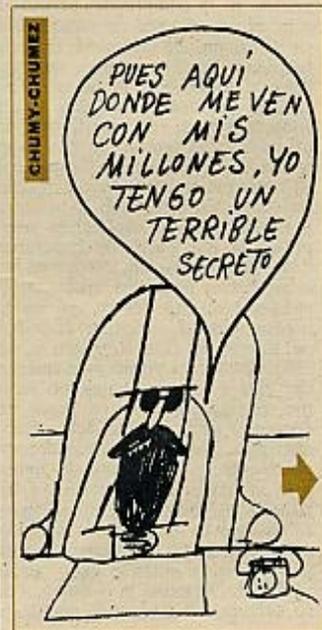
Luis Alonso, al frente de su habitual equipo de actores, acaba de plantearnos nuevamente el problema. El montaje acusa muchas horas de estudio y reflexión sobre lo que un día hiciera Stanislavski. Inútil discutir el valor de la compañía dentro del teatro español, por cuanto es obvio, a la vista de su trayectoria, que constituye uno de los techos innegables de nuestra escena.

Sabemos que se ha ensayado durante mucho tiempo. Y resulta evidente el esfuerzo y atención de los actores. Y, sin embargo, a la representación le falta lo que nadie podría improvisar: la familiaridad con Stanislavski.

Y conste que hoy el teatro no discurre precisamente por los caminos del Método. Brecht y el Teatro de la Crueldad, es decir, Brecht y Artaud, son los polos que más desarrollos y esfuerzos suscitan. Sin embargo, el camino de Stanislavski será siempre fundamental, sobre todo si se trata de representar a Gorki, a personajes rotos, expresados por lo que no dicen tanto como por lo que dicen.

Aplauso, pues, incondicional al director y a los actores de «Los bajos fondos». Y clara conciencia de que «lo que no está allí» es porque, simplemente, «nunca ha estado» en el teatro español. Un teatro donde el «sí» y el «no» se ha expresado de labios para fuera, y en el que Valle y Unamuno o no han tenido escenario o han sido muy mal entendidos.

Y, añadamos, que si las cosas no son tan concluyentes como digo, y autores hay que estrenan obras, o las han estrenado, encaminadas a expresar la crisis o la agonía de los personajes, lo son en escasisimo número, sin que exista un movimiento escénico —una escuela de la interpretación y el montaje— acorde con sus propósitos. ■ J. M.



EN PUNTO



"SMASHING UP!"

Un tema universal

FRANCISCO Regueiro, titulado de la Escuela Oficial de Cine, vio sus dos primeros films, «El buen amor» y «Amador», concurrir al Festival de Cannes, el primero en competición y el segundo en el marco de la Semana de la Crítica. Con «Si volvemos a vernos» («Smashing up!»), que acaba de estrenarse, ha conseguido, sin duda, su mejor obra. Un cuento que obtuvo el premio «TRIUNFO» hace cuatro años, original de Juan Cesarabea, ha servido de base al relato, en el que la acción se ha centrado, en primer lugar, en el personaje de la muchacha española casada con un americano negro de la base de Torrejón obsesionado por la guerra del Vietnam. Ello ha sido un acierto, ya que de este modo se da una dimensión auténticamente nacional a un problema que tratado de otro modo podría haber parecido traído por los pelos. Los americanos actúan como catalizadores de las reacciones de Matilde, perdida en un mundo que ni comprende ni la comprende, personaje a la deriva incapaz de racionalizar su situación, de asumirla en profundidad. El cine español, tan propenso a quedarse en lo «doméstico», en los pequeños problemas «para andar por casa», da en esta ocasión un paso en el sentido de la universalización de sus temas sin que por ello pierdan sus coordenadas características. En esto, y en el personaje de Matilde y su espléndida interpretación por parte de Esperanza Roy —una revelación, aunque ya hubiese hecho pequeñas cosas en el cine, procedente del campo de la revista musical— consiste el principal interés del film. Regueiro ha sabido llevarlo al ritmo conveniente, dar vida a los personajes, no siempre convincentes sobre el papel, recrear una geografía que actúa como algo más que como simple decorado, mover a los actores sin temor a la violencia de los gestos, a las situaciones «outrées». Junto a Esperanza Roy en el papel de Matilde, Alfredo Mayo en el de Luis, un antiguo amante a quien el éxito procura paradójicamente la conciencia de su derrota, es el segundo personaje

español importante. A su lado, Robert Packer —Tom, el marido de Matilde— y Beverly Atkins —Emily, la esposa del primo de Tom— son los encargados de provocar tensiones, de actuar como espoletas a reacción, valga el juego de palabras. Hay que destacar, por último, las imágenes de Luis Cuadrado, que se confirma como extraordinario director de fotografía. Dos días antes del estreno «oficial» se celebró una sesión especial, promovida por el Club Internacional de Prensa, en la que debía haber tenido lugar un coloquio presentado por Alfonso Sánchez, que no se llevó a efecto. En la foto, el crítico de «Informaciones», «Hoja del Lunes» y TVE junto a Esperanza Roy, Francisco Regueiro y Juan Cesarabea, después de la proyección. ■ C. S. F.



LITERATURA ÚLTIMA

Poesía y "estrellas"

Al borde del folletín



HACE unas semanas presentábamos, en la sección correspondiente, a un poeta muy joven, Pedro Gimferrer, que acababa de ganar un Premio Nacional de Literatura con un espléndido libro: «Arde el mar». Ahora aparece su segunda obra, editada por «El Bardo»: «La muerte en Beverly Hills». Contiene seis poemas escritos entre julio y diciembre de 1967, es decir, estamos ante su más reciente creación. Todas las virtudes ya muy expresadas en su primer libro, encuentran en éste una cabal confirmación. Pedro Gimferrer inicia entre nosotros una nueva corriente poética que constituye, en ciertos aspectos, una vuelta al modernismo, un modernismo renovado, y en otros arranca de la obra, tan vital y vigorosa, del mejor Vicente Aleixandre. Se trata de una poesía culta, brillante, conceptuosa a veces, siempre sonora, riquísima de imágenes, lograda a través de la evocación del universo hollywoodense, ya prácticamente desaparecido, pero que encerró durante muchos años, y de modo especial en los años treinta, los modelos de comportamiento con vigencia en todo el mundo occidental. «Fábrica de sueños», modo de

vida largamente imitado, la múltiple significación de Hollywood, con la fascinación masiva que ejerció, constituye, en la faceta que este joven autor evoca, un valioso caudal de materia poética. El poema titulado «Elegía» representa, especialmente, la recuperación de un mundo ya devorado por el tiempo y por el cambiante proceso histórico-social. Con «La muerte en Beverly Hills» se consolida, pues, el puesto, de primerísimo orden, alcanzado por el poeta Pedro Gimferrer.

A primera figura del «Nouveau roman», Alain Robbe-Grillet, insiste en «La casa de Hong-Kong» (Seix-Barral), en su fórmula objetivista, pero esta vez la adereza con ingredientes ajenos a la misma —al menos tal como la desarrolló en sus primeras obras— como diversos elementos melodramáticos, de la novela de aventuras o de la serie negra. Esta incorporación determina que en ocasiones se coloque al borde del folletín, aunque lo salve siempre de esta caída su admirable pericia de narrador. El autor se instala ante este mundo absurdo donde tienen cabida todos los tráficos, todos los

delitos, desde la trata de blancas hasta el comercio de drogas, para darnos una visión del mismo más notarial que crítica. «La casa de Hong-Kong» es una novela más apa-

sionante, de mayor interés para el lector medio, que cualquier otro título de la vasta producción novelística encasillada en el «Nouveau roman». ■ E. G. R.

LA CONTRACEPCION: UN FENOMENO IRREVERSIBLE

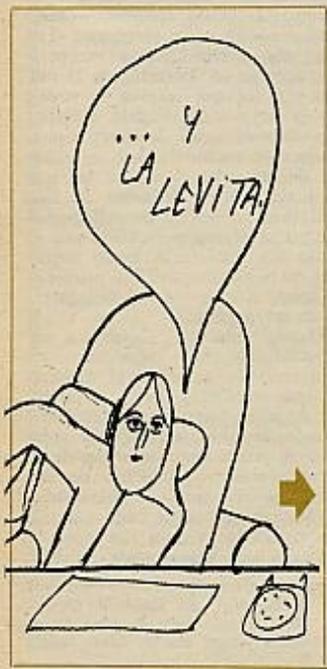
Los primeros resultados en el Tercer Mundo

Por primera vez, los especialistas en el movimiento de poblaciones están satisfechos: las medidas para reducir la demografía en los países del mundo subdesarrollado comienzan a dar resultado. Es sabida la envergadura de la amenaza: la humanidad tardó 12.000 años en tener doscientos millones de habitantes (año uno de la era cristiana); tardó luego 1.650 años en crecer hasta los 500 millones; consiguió el primer millar de millones en 1830, o sea 180 años después. Para el segundo millar necesitó 100 años (1830); para el tercer millar, 30 años (1960) y el cuarto millar estaba calculado para quince años después, para 1975. La idea actual es que se ha conseguido retrasar esa fecha. El mundo no tendrá 4.000 millones de habitantes hasta los alrededores de 1980.

La superpoblación se considera, desde hace un siglo (Abate Malthus), como un problema de todos; la economía de conservación denuncia continuamente el agotamiento de las reservas alimenticias, el agua potable y el espacio habitable; la sociología política explica, por la

demografía galopante, algunos movimientos de nuestro tiempo: regímenes de masas (socialismos, fascismos, democracias inorgánicas), revoluciones proletarias, independencias de colonias. Los filósofos denuncian el aplastamiento de las minorías selectas por las muchedumbres que convierten en mediocres las formas de pensamiento. Todas estas opiniones son conservadoras, como se ve en su enunciado. Las opiniones progresistas y liberales se debaten en una contradicción en este tema: partidarias de la contracepción, por cuanto significa libertad de elegir y también libertad frente a los rígidos canales de la sociedad para la vida sexual, temen en cambio que una planificación mundial de los nacimientos pueda suponer una nueva forma de limitación de libertad (la libertad de engendrar), la privación de armas de defensa de los grupos desfavorecidos (que se defienden de las minorías privilegiadas segregando mayor número de individuos que ellas) y la congelación de la situación actual. Los dirigentes de las naciones subdesarrolladas aceptan la contracepción, abiertamente (India) o disimuladamente (países católicos, países musulmanes), porque les ayuda a resolver el problema inmediato del hambre (privados, como están, de soluciones mediante la mecanización de la agricultura o la industrialización de sus materias primas); por lo tanto alejan las revoluciones. La Iglesia Católica madura su respuesta; busca aún la posibilidad teológica de la contracepción. Su influencia es aún grande (mejores resultados de la contracepción en Asia y África; peores resultados en América Hispana por motivos religiosos).

Los medios contraceptivos están en discusión. La píldora anovulatoria ha producido, en algunos países, resultados inversos (aumento de natalidad) por su mala utilización (las instrucciones para su uso resultan confusas para personas sin ninguna cultura). La píldora de después está todavía en experimentación y presenta nuevos problemas religiosos y morales (¿en qué mo-



ART BUCHWALD

LA CONFERENCIA SOBRE EL REARME

WASHINGTON.—Es posible que el mejor camino para la paz no sean las conferencias para el desarme, sino para el "rearme". Si los contrarios se pusieran de acuerdo sobre este último, es posible que no fuera tan problemático el desarme. Supongamos que los delegados de Israel y Jordania se reúnen en Ginebra para discutir el problema. El jordano dice:

—Hemos adquirido cincuenta aviones F-100 de los Estados Unidos.

—Pues nosotros hemos recibido cincuenta F-5 — responde el delegado de Israel—. Son mucho más veloces y pueden llevar cohetes.

—Sí. Quizá nos convengan también a nosotros.

—Naturalmente, no pretendemos decirles cómo tienen que organizar su defensa, pero la compra de los F-100, en vez de los F-5, es una locura.

—Muchas gracias por la advertencia. Y a propósito, nuestro servicio de espionaje nos ha informado que los tanques norteamericanos que ustedes acaban de comprar no resisten los cañones antitanques que nos proporcionó Estados Unidos.

—¡No me diga! ¿Cuál es su punto débil?

—La torrecilla. Sería conveniente que la reforzaran.

—Creo que podremos hacerlo. ¿Y es cierto que ustedes están comprando cañones del 105? Porque son bastante caros...

—¿Cree usted que no vamos a comprarlos?

—Hombre... teniendo en cuenta su presupuesto militar yo diría que deberían invertir su dinero en morteros. Nosotros hemos comprado el nuevo AK y estamos realmente satisfechos.

—Tiene usted razón, ¿cómo no habremos pensado en los morteros? ¿Tienen nuevos informes sobre proyectiles anti-proyectiles?

—Tengan cuidado con el tipo que eligen. Los norteamericanos nos han vendido unos muy buenos; así que es inútil que compren proyectiles antiaéreos.

—Una información ciertamente valiosa. ¿Por qué se muestra hoy tan dispuesto a cooperar?

—La verdad es que preferimos que compren sus armas en Estados Unidos, y, en todo caso, si no quedan satisfechos, pueden recurrir a la Unión Soviética.

—Uno de nuestros problemas es el alto costo del transporte hasta Jordania. Yo pienso que en ciertas ocasiones en que ustedes no llevan un cargamento completo, nosotros podríamos utilizar la capacidad restante para nuestros artículos. Después de todo, van prácticamente al mismo destino.

—No está mal. Si compartiéramos los gastos del transporte podríamos comprar, con la diferencia, rifles M-16.

—¿M-16? Se habla mucho de ellos, pero no son perfectos todavía.

—No sé hasta qué punto es oportuno discutir esto ahora. Lo interesante sería llegar a un acuerdo para que nuestros ministros de Defensa fueran juntos a Washington y pudieran exponer allí nuestras necesidades. De esta forma podríamos coordinar nuestras compras...

—Tengo que hablar de esto a Dayan. Sí, esto nos ahorraría muchas molestias y, sobre todo, ya no tendríamos problema ninguno de los dos en el caso de encontrarnos sin repuestos. Podríamos obtenerlos del otro.

(Copyright 1968, The Washington Post Co. Distribuido por Editors Press Service-Agencia Zardoya.)



LA SUPERPOBLACION, PROBLEMA DE TODOS

mento empieza la vida? ¿Equivale a un aborto?). El esterilete se emplea predominantemente en los países de escasa cultura: los Estados Unidos envían millones a ciertos países (en la India: 518.000 esteriletes en 1965, 1.250.000 en 1966, 3 millones en 1967; en Corea del Sur: lo llevan 17 por ciento de las mujeres entre veinte y cuarenta y cuatro años). Debe colocarse un especialista; sólo un especialista los puede retirar. La esterilización masculina plantea graves problemas morales; una vez realizada, es definitiva y corta para siempre la libertad de engendrar.

Los calculadores electrónicos de

la «Rand Corporation» (las previsiones del futuro estratégico, de la guerra y de la sociedad por este organismo han sido condenadas por los progresistas como capitalismo emparentado con el fascismo) dicen que en 1970 habrá una sociedad de contracepción oral. Para muchos sociólogos, en los países desarrollados, esta nueva sociedad, si se realiza, supondrá una revolución de costumbres mayor que ninguna de las conocidas hasta ahora: reducción de la importancia del hombre respecto a la mujer (desvirilización); nueva libertad sexual de la mujer, que replanteará su posición en el mundo; destrucción de un tabú de contención de la juventud; ataque frontal al matrimonio y, por consiguiente, a la actual estructuración en células familiares. Algunos suponen más: sustitución de la religión por la técnica. Sobre estas bases, la evolución histórica de la humanidad resulta imprevisible con nuestros módulos de hoy. Los puntos de vista cualitativos son dispares: hay quien considera esa revolución benéfica, hay quien la considera nefasta.

Desde el punto de vista de la disparidad de sociedades coexistentes, la sociedad de contracepción oral favorecerá económicamente a los países desarrollados que disponen de máquinas, perjudicará a los subdesarrollados cuya energía y cuya fuerza se mide en brazos humanos; la diferencia entre países ricos y países pobres no desaparecerá. Por otra parte, los progresos de la medicina (prolongación de la vida humana, disminución de la mortalidad) pueden contrarrestar durante algunos años el avance de la contracepción. ■ J. A.



P. DE LUBAC, GRAN PREMIO CATÓLICO DE LITERATURA

El P. Henri de Lubac, adelantado del Concilio, renovador del pensamiento católico, autor de una veintena de obras ("Corpus mysticum", "Meditation sur l'Eglise", "El drama del humanismo ateo", "El pensamiento religioso de Teilhard de Chardin"...), conocido de nuestros lectores a través de los comentarios de Mirei Magdalena, ha obtenido el Gran Premio católico de literatura por el conjunto de su obra y con motivo de "Images de l'abbé Monchanin". El padre De Lubac nació en Cambrai en 1896 e ingresó en la Compañía de Jesús en 1913. Es miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, de Francia.

PETER WEISS ESTRENA EL «VIETNAM»

«Discurso sobre la prehistoria de la larga guerra de liberación que se desarrolla en Vietnam como ejemplo de la necesidad que los pueblos oprimidos tienen del conflicto armado contra sus opresores, así como de los intentos de los Estados Unidos de América de destruir los cimientos de la revolución». Este es el último título de Peter Weiss que acaba de estrenarse en Frankfurt; a su lado «La persecución y muerte de Jean-Paul Marat...» sería un ejemplo de concisión, aunque así como razones de economía obligaron a reducir este último a «Marat-Sade», la última obra pasará al lenguaje coloquial como el «Vietnam» de Peter Weiss.

LA MUJER ARGELINA

Una difícil emancipación

La señora Tarik Maschino, de soltera Abada Fadela, profesora de ciencias naturales en el Liceo Idrissi, de Argel, y autora, bajo el seudónimo de Fadela M'Rabat, de dos libros sobre la condición de la mujer argelina, ha sido suspendida en sus funciones por el Ministerio de Educación Nacional por haber participado en una «inadmisible emisión» de la ORTF sobre la situación de la mujer en Argelia. En la prensa argelina, el proceso contra Fadela M'Rabat se resume en una frase: «Se ha expresado de una manera crítica e injuriosa para la Argelia independiente». ¿Qué ha dicho esta «mala ciudadana»? Esto: «En la actualidad, hay numerosas muchachas que no aceptan el matrimonio tradicional, pero, cuando se les obliga a tal matrimonio, no tienen, por el momento, más que una alternativa: el suicidio o la calle, la calle porque no hay hogar para acogerlas cuando entran en conflicto con sus padres. Bastantes muchachas se suicidan. Hace dos años, este tipo de suicidio contra el matrimonio forzado se producía cada dos días, y no hablo más que de suicidios "registrados". Habría que añadir el suicidio de las chicas que mueren antes de ser transportadas al hospital. Evidentemente, las familias ocultan estos dramas porque los consideran como un deshonor... Los argelinos más progresistas, incluso los marxistas, son reaccionarios cuando se trata de la mujer... Tengo amigos marxistas a quienes no les gusta que su mujer fume cuando hay amigos en la casa, a quienes no les gusta que su mujer ría delante de los hombres, que diga lo que piensa ante sus compañeros... Cuando van al café, no son acompañados por su mujer». Tal es la «crítica», ésta es la «injuriosa» que ha motivado las iras censoras del Ministerio de Educación argelino. ¿Y si esta «crítica injuriosa» correspondiese estrictamente a la verdad? Una señora que ha vivido tres años

en una población argelina del interior cuenta: «He atravesado ciudades de Argelia sin encontrar una sola mujer, ni en la calle ni el restaurante. Hombres solos frecuentan los lugares públicos T..., casada a los quince años —su marido es hombre de estudios y ocuna una situación importante—, vive encerrada todo el día en un apartamento y corre el riesgo de ser golpeada si su marido la ve asomada al balcón o a la ventana. Imagínense lo que puede representar moralmente para una chica de esta edad, que ha ido a la escuela y ha sido libre hasta los trece años, este encastamiento. Este ejemplo, que desgraciadamente no es único, podría multiplicarse por cien, por mil». Las declaraciones de principio, «religiosas» o «sociales», de las que se oye hablar frecuentemente en Argelia sobre la necesidad de la emancipación femenina, no cambian en nada una realidad que un humorista podría resumir —amargamente— en estos términos: «Los argelinos, salvo algunas excepciones, aceptan la liberación de la mujer, con tal que no sea la suya». En la actualidad, Fadela M'Rabat paga caro el coraje de haber denunciado este escándalo. Las estudiantes de las ocho clases en las que enseñaba Fadela M'Rabat se han declarado en huelga en solidaridad con su profesora perseguida por la causa del feminismo. Estas pequeñas encolerizadas son las primeras en lanzar a la opinión su descontento de ser argelinas.

El problema que comienza a ser espectacularmente planteado no será resuelto más que al término de una evolución larga y difícil. En Argelia, como en el resto del mundo árabe-musulmán, «la solución no podrá venir más que de la escolarización al máximo de las niñas, quienes una vez convertidas en adultas aceptarán cada vez menos para ellas y para sus hijas, la sujeción que actualmente sufren».

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, Chumy Chuméz, Jesús García de Duasas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Arturo López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, Gerard Sandoz, César Santos Fontenla. FOTOS: Martínez Parra, Europa Press, Archivo.